

# Betanzos de los Caballeros

Comienza Betanzos a preparar su globo y sus Caneiros en honor de San Roque. Hay un símil entre el santo Patrón y la vieja ciudad gallega. San Roque era hijo de uno de los más ilustres magnates del reino de Pedro I el Grande, rey de Aragón. Nació entre canciones provenzales y en cuna de plata en el palacio de Montpellier.

También Betanzos fué hijo de la más ilustre nobleza gallega, reconocido por Constantino el Grande como capital de provincia. Nació entre canciones mariñanas sobre la plata del Mandeo en estuche de puentes.

San Roque y Betanzos son estampas de aguafuerte en las que se descubre toda una historia de renunciamentos y sacrificios sin envidia y sin vanidad. San Roque se quedó con su sombrero de alas anchas, su burdo sayal y su báculo de peregrino, y al lado el perro fiel, franciscano, que le ofrecía el pan sobrante de los banquetes y el unguento mágico de su lengua para la herida.

Betanzos se quedó con sus porches heráldicos, sus templos y sus sepulcros con el jabalí y el oso de los Andrades. La sombra histórica de Betanzos se proyecta en toda Galicia como la santidad de San Roque llega a toda la Cristiandad por ser el santo que se hizo pobre por los pobres pudiendo disfrutar de muchos castillos como el de Andrade y muchos caballos blancos como el del Apóstol. Los barrios humildes y las aldeas perdidas, lo mismo que las encumbradas catedrales no se olvidan de dedicarle a San Roque su capilla con muchas velas encendidas cuya cera la derrite la llama ayudada por el sol de agosto.

Galicia se acuerda en este día de Betanzos de los Caballeros —el Brigantium Flavium de los romanos— con nombre y apellido de ciudad imperial. En Betanzos estuvieron el Apóstol Santiago y los Reyes Católicos. En Betanzos se ordenaban los Caballeros de la Reconquista cuando Galicia era asiento de la primera nobleza cristiana. Nuestro Faro de Hércules fué algún día el Faro de Betanzos que dejó para siempre sus reflejos históricos. Cuando paseamos por sus pinas calles hallamos resonancias de otros tiempos y hasta nos encontramos a veces con las danzas gremiales de la Edad Media que daban a los pueblos su propia personalidad.

MANUEL ROLDÁN

La Coruña, 14 agosto 1951.



# ANTE EL RETRATO DE UNA VIEJA SEÑORA BRIGANTINA



¿Quién es esta anciana, cuyo retrato encuentro entre mis papeles? ¿Qué alegrías se le fueron con la fuga raptora de los días y los años? ¿Cuáles han sido sus trabajos y sus anhelos? ¿Cuál su íntimo estilo de vida? ¿Qué penas y melancolías la conturban? Sólo sabemos de ella que nació y pasa su existencia en la espléndida comarca brigantina; pero el retrato esquivo toda alusión a lo individual y concreto. Desconocemos su anécdota; mas por esto, cabalmente, nos dice muchas cosas esenciales. Sin más que celar su personalidad y los avatares de su vida humilde, la campesina, ignorante de ello, como de la estética de su huerto en flor, nos ingresa en el mundo de lo esencial y arquetípico.

Todo es paz y sosiego en la sedente figura de la senecta «betanceira». Refleja la apacibilidad y templanza de su idílica comarca donde la uva es agraz y pródiga la huerta; donde la virgiliana yunta nos habla del gozo del trabajo, calmo, dulce y constante; donde las pasiones laten con tranquilo, pero firme pulso vegetal; donde, en fin, la fugitiva alegría es menos exaltada y más persistente.

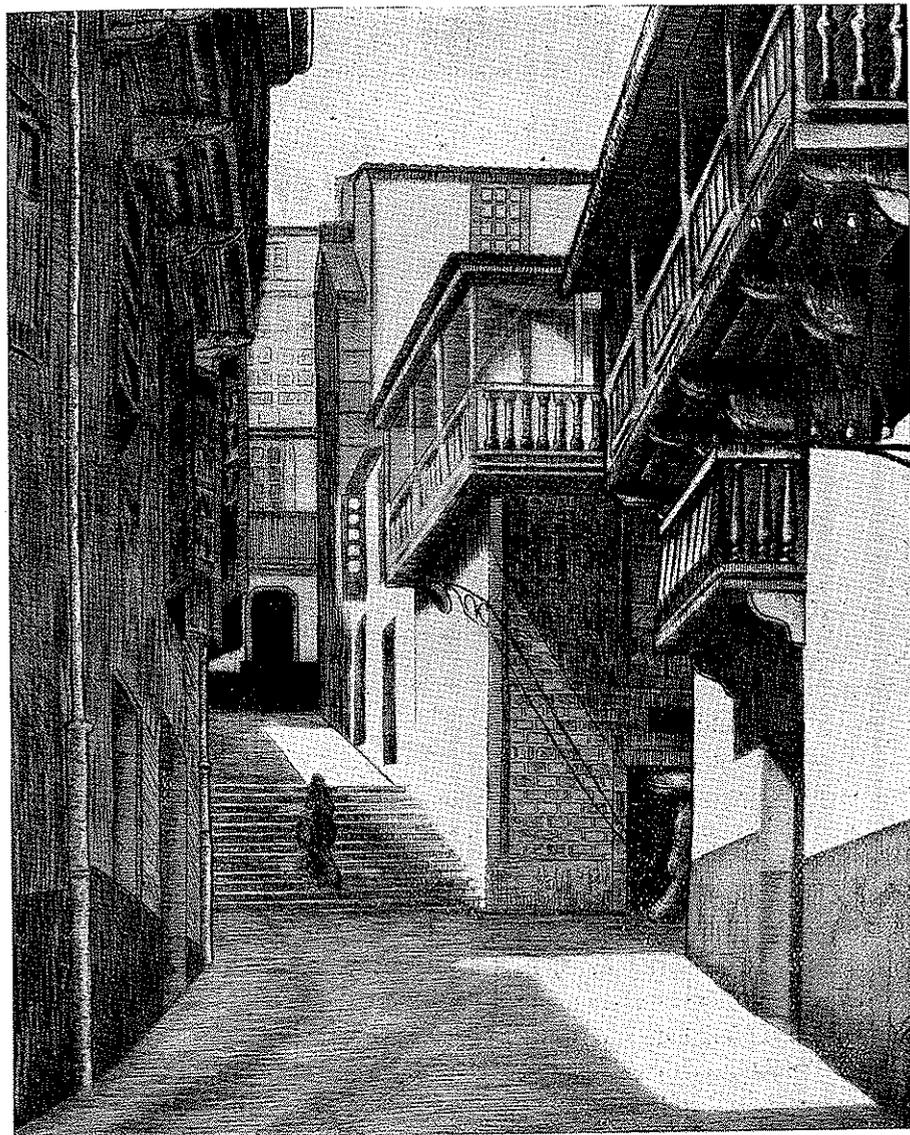
El agro brigantino parece gritar como Goethe: «primero, durar». La vida se renueva allí sin prisas, sin exultantes estallidos, pero sin pausas. Todo es próximo; todo, está al alcance de la mano—la era, la huerta, la fuente llena de húmedas resonancias, el molino, el río—. La vieja se irá pasito a rodrigar sus vides, a mirar sus flores, a cebar sus marranos, a cuidar sus gallinas. Por eso su actitud no denuncia el reposo habitual, el renunciamento a toda acción, sino la tregua en los afanes

cotidianos. Lo denota su mirada vigilante, hecha a lo humano, a lo concreto, a los primeros términos. Lo proclama, asimismo, cierta tensión muscular que acentúa la provisionalidad de su postura.

Hay tierras y climas duros, aspérrimos, que gastan presto la mocedad y condenan a los viejos a la más cruel de las inactividades. Así la llanura castellana; así la serranía y la montaña. Pero en la florida y ubérrima comarca brigantina el hombre vive en placentera simbiosis con su contorno. La naturaleza es profundamente humana, las cosas nos brindan la dicha de su accesibilidad y su cercanía. ¡Betanzos, tierra dulce, tierra pródiga; tierra para todas las edades! ¡Tierra para el esfuerzo del mozo y el pulso desmayado del anciano!

JOSÉ BARBEITO RAMOS

(Foto Blanco.)



«...Y descendí por Santa María y San Francisco hasta la Ribera, por el intricado laberinto de callejuelas, semejantes todas, inurbanizables, inmovilizadas en el tiempo por un soplo de eternidad.

¡Oh, las viejas calles simbólicas de los pueblos antiguos españoles!...». — JOSÉ ALGUERO PENEDO.  
(De la Real Academia Gallega.)

*(Aguafuerte de M. Méndez Pena.)*